



CUARESMA

MADRE FUNDADORA M. Ma DEL CARMEN HIDALGO DE CAVIEDES

06-III-1965

QUE LA MIRADA DE DIOS PURIFIQUE EL ALMA Y QUE SOLO QUEDE EL AMOR

Y se me ocurre que podemos empezar la Cuaresma con una petición sincera, con humildad de alma, pero muy consciente de la petición. Prácticamente, pedir que **la mirada de Dios, purifique el alma y que solo quede el amor.**

Esto dicho así, parece una frase hecha, de esas de devocionario, pero no. ¿Esto qué es? Esa mirada de Dios, es mirada a Cristo, padeciendo con Él, penetrando en su íntimo sentir de alma, espíritu y corazón, con todo el ser, siempre en Cristo y Él en nosotros. Al fin y al cabo, ese morir que se consumó en Su Pasión, pero, no consumado en su Cuerpo Místico, es continuado ahora en sus miembros: nosotros, parte escogida.

Es disposición, postura de alma, porque esa mirada de Dios, que purifica al alma, la pone en una situación de humillación, de compunción, de conocimiento, de desprecio propio, para que solo quede el amor, que es caridad de Cristo que urge, amor en pureza, que pone en situación de entrega de vida, que adentra en el alma, corazón y sentir de Cristo, dando capacidad a todo un sufrir Suyo por las almas, para Gloria de Dios, a toda una ansiedad Suya por la santidad de los sacerdotes, que tienen ahora una misión especial, un trabajo activo más intenso. Es tiempo este en los planes de Dios, de conversión, de penitencia, tiempo en que las almas se conmueven más fácilmente, es ahora la ocasión más propicia para poder llegar a ellas. Es tiempo de Dios, y nosotras hemos de cooperar a esta obra de Dios, que reclama el influjo de la oración y entrega nuestra, **en oración y oblación por “ellos”.**

Por esto, esa mirada de Dios que purifica es necesaria, para que Cristo sea, de verdad, nuestra VIDA. Entonces, el alma estará urgida en ansiedad de almas, en celo de Gloria de Dios, en necesidad de santidad de “ellos”. Esa caridad, ese amor, exige una perfección, una pureza, un desasimiento de todo lo que no sea Dios, un reclamo de vacío de todo, absoluto, para que Él pueda tener, de verdad, vida en nosotras, y el alma sea de verdad, oración y oblación en la Iglesia.

En la vida práctica hay una primera y fundamental virtud: el silencio, silencio interior y exterior que hace el vacío dentro, para que, esa comunicación que debemos mantener con Dios, no se rompa, para que ese latido de Cristo, en caridad que urge, nos tome de verdad en posesión, y seamos, de verdad, **oración y oblación**, en continua entrega a la Voluntad de Dios.

Que, en presencia de Dios, solo quede el amor, esa caridad de Cristo que urge y pone al alma en postura de entrega, en atisbo de todo lo que esa Voluntad de Dios presenta en el caminar de cada día, y que es constante ocasión de dar capacidad a esa ansiedad, a esa agonía de Cristo que quema. Sí, el alma que vive y permanece en el amor, descubre en todos los momentos, la ocasión íntima, oculta, de una inmolación, de un sacrificio, de una crucifixión, en toda esa gama inmensa de dificultades, de acontecimientos, etc., que surgen en el vivir diario.

Si está el alma urgida por esa caridad de Cristo, estará siempre muy alerta para descubrir todas esas ocasiones que Dios ofrece. El alma tendrá necesidad de vivir esa ocasión que Dios presenta, con este espíritu: con-morir con Cristo en una oblación perenne, la Suya, continuada con Él y por Él y en Él, en nosotros.

Esto hace esa purificación. Esa mirada de Dios que purifica, da una amplitud de alma, absoluta, total. Pero no habrá mirada de Dios, si el alma se para, se cierra en sí misma; no habrá caridad de Cristo si nos quedamos encerrados en nosotros mismos saboreando esa mirada y gozando ese amor que de ella procede.

Es, sí, ese amor, lo que pone en el alma, ansia y celo de almas; es ese amor, lo que mueve a compasión y carga al alma con el peso de todas las almas; es vida de caridad, de amor; de ese amor que hace aparecer a Cristo ante el Padre, hecho masa de pecado. Tiene que haber mucho amor, sí, para dolerse con dolor profundo, de toda esa miseria, de todo ese peso muerto de almas y almas que no llegan a ponerse en mirada de Dios; es ese amor que hiere en el alma y la pone en necesidad de un ofrecimiento, de un sacrificio más fuerte, más constante, de una oración más profunda, de una fidelidad absoluta, total, porque está urgida por la Caridad de Cristo, por esa mirada de Dios que purifica y deja amor, de ese amor que atenaza al alma, que le hace desear, le hace querer, que todas las almas tengan Vida, Vida mayúscula y total, le hace plasmar en obras, ese “pro eis” que tiene que ser sangre en nuestras venas, vida total en nuestra vida, fuerza que anime nuestro ser; que llene de gracias de santidad a “ellos” y por “ellos”, a las almas; que su palabra engendre Vida; que su pasar, deje en el camino una estela de Dios; que iluminen con todo su ser sacerdotal.

Comencemos así, con esta petición: **que la mirada de Dios, purifique el alma para que solo quede el amor.** Que el alma se encuentre cargada con el dolor de tantas almas que no conocen, que no tienen la Vida de Dios.

Que solo quede el amor, la Caridad de Cristo urgiendo, poniendo en tensión alma y cuerpo, todo el ser en atisbo de esa Voluntad de Dios, que va marcándonos un camino: **siempre oblación, sacrificio, muerte.** Que Su oración y oblación, no tenga interrupción en nosotras **nunca**; que, en lo íntimo del alma, en nuestro interno, lo vivamos siempre, y cuando la vida presente más ocasiones, se viva en tensión más fuerte, esa exigencia de **ser oración y oblación**, capacidad y envoltura donde Cristo tiene que continuar ese “pro eis” Suyo, universal.

Esto que lo tengamos muy en el alma, para vivirlo con la conciencia de fidelidad que se nos exige, fidelidad, no impuesta, sino que, por dentro, nos urge vivirla.